

Históricas Digital



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Roberto Moreno y de los Arcos

“El maestro”

p. 47-48

*In Ihiyo, in Itlahtol. Su aliento, su palabra.
Homenaje a Miguel León-Portilla*

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

El Colegio Nacional

Instituto Nacional de Antropología e Historia

1997

366 p.

ISBN 968-36-5957-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 16 de abril de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/in_ihiyo/334.html

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



EL MAESTRO

ROBERTO MORENO y DE LOS ARCOS[†]

Descubro, al pergeñar estas notas sobre Miguel León-Portilla, que la nostalgia (supongo que se ha dicho mil veces) es un sentimiento personal e intransferible que, como los que verdaderamente importan, depende de una edad. Lo descubro al recordar, no ya en años sino en décadas, mi relación personal con el maestro: son tres, cumplidas y cabales. Pero descubro también que el dulce y egoísta veneno de la nostalgia sólo puede reducirse a la remembranza de supuestos —quizá falaces— mejores tiempos y que tiene para el trabajo intelectual una poderosa triaca, una fuente de eterna juventud. A esto último voy a referir mis palabras sobre el maestro y amigo.

Lo recuerdo bien —hace treinta y tantos años— cuando iniciaba yo los estudios de historia: Miguel León-Portilla era el joven y ya reconocido director del Instituto Indigenista Interamericano. Tenía en su haber más de un par de libros clásicos sobre el mundo náhuatl y una enorme cantidad de artículos, que me propuse leer. Era, sin duda, un modelo a seguir para cualquier joven estudiante deseoso de aprender a trabajar. Como es obvio, lo seguí en sus cursos y en el Seminario de Cultura Náhuatl que creara con Ángel María Garibay, este último una personalidad del Olimpo que sólo de vez en cuando se dejaba ver.

A las lecciones entusiastas, metódicas, sabias y racionales de Miguel León-Portilla debo una prematura y fallida, aunque nunca pretérita, inclinación por la cultura náhuatl.

Era ya nuestro homenajeado de hoy director del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM cuando tuve que iniciar mi vida profesional, con la decisión de hacerlo en la Biblioteca Nacional.

No obstante la relativa lejanía entre el centro de la ciudad y el *campus* universitario, frecuentaba yo el Instituto para visitar a los amigos y para quitarle un poco de su tiempo al director. Al igual que cuando desempeñaba su cargo anterior, siempre me brindó extraordinaria cordialidad: me obsequiaba, dedicados, sus múltiples libros y sobretiros, me permitía el acceso a la biblioteca, me daba las publicaciones del Instituto, todo lo cual no es poca cosa, pero, además, me entregaba —y ahora sé que lo hace con todos— el legado invaluable de la amistad intelectual, pese a la notoria diferencia.



Y es que aquélla es una de las múltiples virtudes de Miguel León-Portilla que parece imposible soslayar; celoso como el que más del tiempo que dedica a la creación (para bien de nuestras letras históricas), siempre encuentra el resquicio para ayudar a los demás, no sólo en la cátedra sino en cualquier momento. Lo sorprendente es que lo hace con el mejor humor. Posee la extrañísima facultad de apartarse de su preocupación central y abrir un paréntesis en que liquida de manera cabal el asunto que deseamos nos resuelva ¡y lo hace de buen talante!

Ahora que los *tonallis* de nuestras vidas hacen que nuestra relación sea más íntima en el Instituto que yo dirigí y en el que laboro, encuentro que más que nunca es mi maestro. Me es ejemplar su laboriosidad, en su carácter, en su entrega, en su devoción universitaria, en su bonhomía y en muchas cosas más, pero sobre todo en lo que se refiere a su hallazgo de la fuente de la eterna juventud.

Miguel León-Portilla es un intelectual perpetuamente joven porque aprende algo todos los días; porque no se ha estacionado en lo mucho —muchísimo— que ha hecho, porque se enfrenta a temas inéditos, a métodos y técnicas nuevas; a descifrar secretos, a revelar arcanos, a vivir una vida de permanente, gozosa y voluntaria sorpresa, penetrando con alegre curiosidad y respeto en el vasto universo de lo que no sabemos. Así, nadie puede envejecer ni sentir nostalgias. Que este homenaje lo sea a su mejor magisterio: su propia vida.